



NAC-USA
DEVELOPMENT
INSTITUTE

**Ser testigos
de Cristo
Resucitado**

**El
encuentro
de Pedro**

**GUIÓN DE MITAD
DE SEMANA**

**Cristo
Resucitado
hoy**

2017

Mayo

Sesión 1 — Ser testigos de Cristo Resucitado

Bienvenidos a nuestras conversaciones de grupo pequeño del mes de mayo.

Nos encontramos en medio del Tiempo de Pascua. Esta temporada nos ofrece la oportunidad de reflexionar, en profundidad, las experiencias que el Señor tuvo con los discípulos y con aquellos que estuvieron cerca de Él durante los días entre Pascua y Pentecostés. Ser testigos de Cristo Resucitado será el centro de nuestras conversaciones este mes.

Ser testigo podría significar ver y reconocer, como fue el caso de María y de los discípulos que vieron a Jesús después de haber resucitado de los muertos. Verlo les permitió darse cuenta de que lo que Él les había dicho antes de Su crucifixión había realmente sucedido. Pero, como aprenderemos a lo largo de nuestras sesiones de este mes, ser testigos de Cristo Resucitado es más que sólo verlo y reconocerlo. Ser un testigo de Cristo Resucitado es reconocerlo, y luego, hablar de Él y compartir con los demás tus experiencias con Él.

En esta sesión, estudiaremos los distintos encuentros que María Magdalena y los discípulos de Emaús tuvieron con Cristo después de Su resurrección. Para mí, el encuentro que el Señor tuvo con María Magdalena en el sepulcro es uno de los relatos más reconfortantes en la Biblia. Ella había llegado al sepulcro, pero lloró, porque no encontró el cuerpo de Jesús ahí. Pero entonces:

... [ella] se volvió, y vio a Jesús que estaba allí; mas no sabía que era Jesús. Jesús le dijo: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, pensando que era el hortelano, le dijo: Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré. Jesús le dijo: ¡María! (Juan 20:14-16).

A través de la simple pronunciación de su nombre, el dolor y la confusión de María se transformaron en un gozo profundo, porque reconoció que era el Señor. Ella no reconoció a Jesús por Su apariencia física, sino sólo cuando Él dijo su nombre.

En Lucas 24, podemos leer sobre otro encuentro con Cristo Resucitado, esta vez vivido por los dos discípulos que «salieron» hacia Emaús. Ellos comenzaron su viaje después de que María y las otras mujeres regresaron del sepulcro y compartieron sus experiencias con los discípulos. Por una u otra razón, estos discípulos dejaron Jerusalén y la confraternidad de los seguidores de Cristo para viajar a Emaús, a pesar de la maravillosa noticia que las mujeres habían compartido con ellos. Mientras caminaban, ellos conversaron sobre todo lo que había sucedido en relación a la crucifixión de Jesús y lo que las mujeres les habían dicho. Jesús se les apareció y caminó con ellos, pero, así como María, ellos no lo reconocieron por Su apariencia física. Él les preguntó de qué estaban hablando y ellos lo compartieron. Podemos leer la respuesta de Jesús en Lucas 24:

¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían. (Lucas 24:25-27)

Esta no fue una conversación corta, y aun así, los discípulos sólo reconocieron a Jesús cuando partió el pan y lo bendijo para la cena.

Tanto en el encuentro de María con Cristo Resucitado, como en el de los discípulos de Emaús, hay algunos elementos en común. **Primero**, María y los discípulos estaban preocupados por lo que había sucedido con y a Cristo. María lo buscó activamente y los discípulos hablaron de Él. **Segundo**, ellos no lo reconocieron por su apariencia física. Y **tercero**, el reconocimiento de Cristo llegó finalmente a través de Sus palabras.

Pero este no es el fin del *ser testigos*. Jesús le indicó a María: «ve a los hermanos». Ella hizo esto, compartiendo lo que había vivido y lo que Él había dicho. Los discípulos de Emaús sabían que debieron haber permanecido en Jerusalén, entonces, cuando reconocieron a Cristo Resucitado, ellos regresaron inmediatamente a Jerusalén y les contaron a los demás discípulos lo que habían vivido. En un caso, el Señor le dio instrucciones claras a María. En el otro caso, los discípulos estaban conscientes de lo que debieron haber estado haciendo. La enseñanza del Señor durante su camino a Emaús los motivó y los centró de nuevo, para que regresaran a Jerusalén y se convirtieran en Sus testigos ante los que estaban reunidos ahí. En ambos casos, podemos ver que el privilegio de ver y reconocer a Cristo llevó consigo la responsabilidad de ser un testigo de Él ante los demás. Considerando las normas sociales de la época, María no era

una opción obvia de alguien que debe testificar del Señor a los demás. Pero Jesús la escogió. A veces, podemos sentir que no estamos preparados para lo que Jesús nos llama a hacer, sin embargo, Él nos ha escogido porque Él sabe que realmente somos capaces. Él nos equipa y siempre está con nosotros. Este es el fundamento de nuestra confianza.

A veces la vida parece ser nuestro propio «camino a Emaús», donde, a pesar de que estamos hablando de cosas «apropiadas», como cuestiones de fe y nuestras experiencias con el Señor, aún estamos confundidos. Y entonces el Señor viene a nosotros y conversa, y conversa y conversa. Tal vez los servicios divinos parecen abordar siempre el mismo tema una y otra vez – no hay «nada nuevo». Pero el Señor no se rinde. En algún momento, reconocemos que es Él hablándome a Mí. Entonces tenemos la sabiduría de darnos cuenta que este reconocimiento trae consigo la responsabilidad de compartir a Cristo con los demás y de ser Su testigo.

Sesión 2 — El encuentro de Pedro

¡Bienvenidos nuevamente! La sesión pasada empezamos nuestro estudio sobre el impacto que Cristo Resucitado tuvo en Sus seguidores. En esta sesión, estudiaremos específicamente a Pedro y su encuentro con Jesús en el Mar de Tiberias después de Su resurrección. Podemos leer en Juan 21 que Jesús le preguntó tres veces a Pedro: «¿Me amas?». El versículo 17 revela la respuesta de Pedro, después de ser cuestionado la última vez:

[Jesús] le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas? y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas. (Juan 21:17).

Jesús le hizo tres veces la misma pregunta a Pedro. ¿Recuerdas algún suceso previo que involucre a Pedro, a Jesús y al número tres? Fue cuando Pedro negó conocer a Cristo tres veces antes de que el gallo cantara en la mañana de Su crucifixión (Lucas 22:34). Podemos ver una semejanza entre las tres veces que Pedro negó conocer a Jesús y las tres preguntas del Cristo Resucitado. ¿Pensas que esto es una coincidencia? Con amor y compasión, Jesús le dio intencionalmente a Pedro otra oportunidad, una segunda, para que le declarara su amor y devoción a Él. A través de este cuestionamiento, Cristo Resucitado enfatizó que el elemento fundamental que los une a Él y a Su siervo es el amor. El amor es esencial para servirle a Él y a los demás. Esto nos debe impulsar a preguntarnos: ¿gira mi vida entorno a Jesucristo y sirvo a mi prójimo por amor?

Observando más de cerca este encuentro, vemos que después de que Jesús le preguntó a Pedro por tercera vez si lo amaba, Pedro se entristeció. Podemos imaginar varios motivos para esta reacción. Tal vez Pedro se haya sentido inseguro o impaciente al contestar la misma pregunta por tercera vez. Reflexionar con más profundidad podría llevarnos a la conclusión de que esta conversación íntima con el Señor conmovió a Pedro tan profundamente, que fue impulsado a enfatizar su convicción de que Jesucristo es el Hijo del Dios viviente (Mateo 16:16) al profesar: «Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo». Aquí vemos otra vez que el amor a Jesús es esencial para servirle. Las palabras de Jesús y su cuestionamiento continuo penetraron en el corazón de Pedro y le hicieron darse cuenta de su amor por su Salvador – y también del amor de su Salvador por él.

¿Permea nuestros corazones la palabra de Dios y nos hace darnos cuenta de Su amor por nosotros? Cuando nuestra dedicación al Señor es cuestionada, ¿nuestras experiencias clarifican qué tan profundo es realmente nuestro amor por Él? ¿Nos inspira el sacrificio de Jesús a decirle repetidamente que lo amamos? ¿Nos conduce también hacia la humildad y el reconocimiento de cuánto lo necesitamos? ¿Nos conmovemos cuando nos damos cuenta de que Él hizo un gran esfuerzo para buscarnos y darnos una segunda oportunidad? Esta segunda oportunidad se ofrece cada vez que nuestros pecados son perdonados. Si reconocemos nuestros pecados y estamos turbados por ellos, es una señal de que lo amamos (Mateo 5:4). Y puesto que somos humanos pecadores, no debe sorprendernos que la sinceridad de nuestro amor sea cuestionada.

Una vez que Pedro exclamó su amor por Cristo, el Señor le encomendó una tarea fundamental y un ministerio, con las palabras: «Pastorea mis ovejas. Apacienta mis ovejas.» Debido a su amor por Jesús, a Pedro se le empoderó para la mayordomía y se le encargó la tarea de pastorear el rebaño de Cristo. Como una respuesta al cuidado de Cristo por nosotros, podemos compartir Su amor con los demás.

En Pentecostés, Pedro inició su obra de transmitir el mensaje de Jesús, de amor y arrepentimiento, hacia el mundo. A

todos los que estuvieron dispuestos a escuchar, él les presentó la misma invitación que se le ofreció a él y a los Apóstoles: ¡Arrepiéntete de tu pecado y salta a los brazos amorosos de Jesús! El amor por Jesús impulsó la actividad de Pedro mientras cumplía la misión de predicar el Evangelio.

El testimonio de Pedro sobre Cristo Resucitado le dio la oportunidad de declarar abiertamente su amor por el Señor. Nosotros también debemos examinar nuestro amor por el Señor Resucitado. ¿Es un amor secreto que nos guardamos para nosotros mismos? ¿O nos emocionamos al hablar sobre nuestro amor por Cristo y al compartirlo con los demás? Reflexionemos siempre sobre cómo la vida y el sacrificio de Jesús nos han impactado y lo que nos motivan a hacer: salir al mundo y compartir Su amor con todos.

Sesión 3 — Cristo Resucitado hoy

Bienvenidos otra vez. A medida que exploramos la temática de ser testigos de Cristo Resucitado este mes, hemos observado las experiencias de María en el sepulcro y de los discípulos en el camino a Emaús, así como la conversación de Pedro con Cristo junto al mar. Todos experimentaron a Cristo después de Su resurrección y antes de Su ascensión. En la sesión de esta semana, conversaremos sobre cómo la resurrección de Jesús aún puede sentirse hoy, miles de años después, y sobre nuestra responsabilidad como testigos.

Piensa en la sesión de grupo pequeño a principios del mes acerca de María. En el sepulcro, Jesús estaba con ella, pero le dijo: «No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios» (Juan 20:17). En Su cuerpo resucitado, la divinidad de Cristo se hizo evidente. Por esta razón, el contacto físico no era necesario para estar cerca de Él. El carácter omnipresente de Dios hizo posible que estuviera siempre con los Suyos. Este fue un momento trascendental para María. No sólo vio y reconoció a Cristo Resucitado, sino que fue llamada ser Su testigo ante los demás. Nosotros también, podemos ser tales testigos. Aunque ninguno de nosotros estuvo físicamente presente para ver a Cristo Resucitado, hemos sentido Su presencia divina una y otra vez en nuestras vidas. ¿Tienen un impacto en nosotros nuestros encuentros con Él? ¿Cambiamos y vivimos de manera diferente debido a ellos? ¿Compartimos, como María, el efecto milagroso de estos encuentros con los demás?

Regresemos a nuestros relatos de la Biblia y veamos lo que sucedió en el tiempo entre la resurrección y la ascensión de Jesús. El libro de Hechos registra que antes de la ascensión de Jesús, Él les encomendó a los discípulos que permanecieran en Jerusalén y esperaran la promesa del Padre, explicando que: «Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días» (Hechos 1:5). Jesús entonces continuó diciendo: «recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra» (Hechos 1:8). Con ello, Jesús ascendió al cielo y los discípulos regresaron a Jerusalén como Él les había mandado.

Mientras estaban en Jerusalén, los discípulos escogieron a Matías para reemplazar a Judas. Aparte de eso, no hay mucho escrito sobre el tiempo entre el Día de Ascensión y Pentecostés. El envío del Espíritu Santo en Pentecostés cumplió la promesa de Jesús acerca de enviar al Ayudador y Consolador. Sin embargo, el Espíritu Santo no fue enviado sólo para dar consuelo. Jesús les explicó a Sus discípulos antes de Su ascensión que hay poder con el Espíritu Santo que ellos necesitarían para «ser testigos [Suyos] en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra» (Hechos 1:8). Lo que ellos habían testificado fue la vida y muerte de Jesús, y especialmente Su resurrección. A lo largo de la historia, muchas personas han vivido y han muerto. Jesús incluso resucitó a algunos de los muertos, pero eventualmente murieron de nuevo. Nadie más que Jesús ha vencido al pecado y a la muerte. **Esta** es la gloria de la resurrección en el domingo de Pascua. El llamamiento fundamental de todos los apóstoles, desde aquellos que personalmente testificaron a Cristo Resucitado hasta los de nuestros días, es predicar esto: que Cristo murió y resucitó de los muertos para nuestra salvación.

No queremos ver a la resurrección simplemente como un evento histórico y dejarlo en el pasado. Ni tampoco deberíamos verla simplemente como un presagio de nuestra propia resurrección algún día en el futuro. La resurrección de Jesucristo tiene implicaciones para nuestras vidas hoy. El autor Brennan Manning lo explica de esta manera - ser más conscientes de Cristo Resucitado en el presente, es un proceso de reconocerlo cada vez más, tanto en las rutinas pequeñas y mundanas de la vida, como en los grandes momentos que cambian vidas. Al hacerlo, nos convertimos en «discípulos más completos, más profundos, más ricos» *. Ser conscientes de la resurrección de Jesús debe ser un entendimiento viviente de que, aunque Jesús no esté físicamente cerca nuestro, Él siempre está con nosotros.

Otro encuentro que cambió vidas puede verse con el Apóstol Pablo. Cuando nos fue presentado por primera vez en Hechos, él es un fariseo que está persiguiendo a los cristianos y gastando sus energías tratando de extinguir el inicio de la Iglesia cristiana. En medio de esa actividad, tuvo un encuentro con Jesús que cambió su vida para siempre. Pasó de ser un perseguidor a ser un testigo de Cristo Resucitado. La fe de Pablo en la resurrección no sólo se basó en el testimonio de otros, sino también en sus propias experiencias, como le expresó a los Filipenses: «A fin de conocerle, y el poder de su resurrección» (Filipenses 3:10).

A medida que nos acercamos a la fiesta de Pentecostés, pensemos en lo que este día realmente significa para nosotros. El propósito de Dios en Pentecostés fue equipar a Su iglesia con el inmenso poder del Espíritu Santo para que pudiéramos ser Sus testigos ante todas las naciones y finalmente darle gloria. Ser testigos de Cristo no sólo significa ver Su presencia en nuestras vidas, sino también ser un testigo Suyo ante los demás en cada aspecto de nuestras vidas, desde cómo interactuamos con los que nos rodean, hasta la manera en la que gastamos nuestro tiempo y dinero.

Más que elocuencia o inteligencia académica, vivir una vida que sea un testimonio de Cristo requiere valor. Es bueno saber cuántos libros hay en la Biblia, o que Jesús tenía 33 años cuando murió. Pero lo que realmente cumple nuestra responsabilidad como aquellos que han sido testigos de Cristo y han sido llenos del poder del Espíritu Santo, es compartir con los demás, en palabra y acción, cómo nuestras vidas continúan cambiando a medida que experimentamos a Jesús. Hagamos esto no sólo en Pentecostés, sino en cada día de nuestras vidas.

*Abba's Child, Brennan Manning (p. 105).